

## DIA ONCE.

## SAN TIBURCIO Y SANTA SUSANA, MÁRTIRES

Nació san Tiburcio en Roma, de familia distinguida, así por sus grandes bienes, como por sus elevados empleos. Fué hijo del ilustre Cromacio, vicario del prefecto de la ciudad, que desde el primer año del imperio de Diocleciano tuvo especial comision para juzgar á los acusados del cristianismo, y fué convertido á la fe por san Sebastian y por san Tranquilino, padre de los santos mártires Marco y Marcelino; y despues de haber dado libertad á mil cuatrocientos esclavos que se hicieron cristianos, habiendo recibido el bautismo toda su familia, renunció el empleo y se retiró á su casa de campo, la cual fué el refugio de los perseguidos fieles. Siguió Tiburcio la dichosa suerte de su padre, y desde su conversion sobresalió entre los mas fervorosos cristianos, así como habia sobresalido en los tribunales por su ingenio y por su rara elocuencia, siendo reputado, aunque muy jóven, por uno de los hábiles abogados de su tiempo. Luego que se hizo cristiano, le causaron tedio y disgusto todos aquellos vanos aplausos, trocando el amor á las ciencias humanas por el estudio y aplicacion á la importante ciencia de la salvacion. Renunció la abogacia, y aunque su virtuosa inclinacion le llamaba al retiro de la soledad, el deseo que por otra parte tenia del martirio le representó este retiro como especie de fuga, con visos de cobardía. Viendo el papa san Cayo que de dia en dia iba creciendo el fuego de la persecucion, deseaba que Tiburcio se ausentase de Roma, considerando el

peligro de un jóven recién convertido á la fe, y en lo mas florido de sus años; pero el santo mancebo le rogó con tanta instancia le permitiese quedarse en la ciudad al riesgo y fortuna de los confesores de Cristo, que el santo pontifice se rindió á las razones de su fervoroso ahijado.

Presto hicieron ruido su zelo y su virtud. Salió un dia de su casa, y se halló en la calle con un hombre, que, habiendo caido de un cuarto elevado, se habia hecho pedazos, y no daba señal alguna de vida. Compadecióse de aquella desgracia, y mucho mas de la pérdida de aquella alma; lleno de fe y de confianza se acercó al moribundo, hizo sobre él la señal de la cruz, y le mandó en nombre de Jesucristo que se levantase y que renunciase las supersticiones del gentilismo. Hizolo al punto el que parecia cadáver; siguióse la salud del alma á la del cuerpo; y divulgada por la ciudad esta maravilla, los cristianos se confirmaron en la fe, y muchos gentiles la abrazaron.

Crecia cada dia el zelo de Tiburcio, explicándole en el continuo ejercicio de obras de caridad. No cesaba de recorrer dia y noche las casas de los cristianos, como los lugares subterráneos donde los tenia escondidos la persecucion, exhortándolos á la perseverancia, animándolos á derramar generosamente la sangre por Jesucristo y socorriendo con limosnas á los necesitados. Deseaba ansiosamente que los que hacian profesion de cristianos acreditasen su religion con la pureza de las costumbres y con la santidad de la vida; por tanto no se podia contener sin corregir con blandura y con caridad á los menos ajustados que deshonraban su profesion con el desconcierto de su vida.

Entre los que habian recibido el bautismo se hallaba un tal Torcuato, insigne hipócrita, que, ha-

biendo renunciado la fe secretamente, se fingia cristiano en lo exterior, aunque vivia como hombre verdaderamente mundano. No pudo Tiburcio disimular su profanidad en el vestido, sus excesos en la mesa, su desordenada pasion al juego, ni sus modales licenciosos y afeminados. Reprendióle con zelo y con caridad la licencia que se tomaba en dispensarse en los ayunos y oraciones de la Iglesia, gastando en dormir el tiempo que los fieles empleaban en orar y en velar.

Afectó Torcuato oír con docilidad y aun con estimacion estos caritativos avisos; pero altamente ofendido en su corazon, conservó dentro de él un implacable deseo de vengarse y de perder al que con tanta caridad solicitaba la salvacion de su alma. Habiendo mandado el emperador Diocleciano que se hiciese una exacta pesquisa de todos los cristianos, y que fuesen condenados sin remision al último suplicio todos aquellos que se negasen á sacrificar á los dioses, advirtió secretamente Torcuato á los ministros del emperador que Tiburcio era cristiano, y que con toda seguridad podian echar mano de su persona; mas para encubrir mejor que él hubiese sido el delator, les previno artificiosamente que tambien le prendiesen á él. Hiciéronlo así, y le presentaron ante el tribunal de Fabiano, sucesor de Cromacio. Preguntado Torcuato por su religion, confesó que era cristiano, y que le habia convertido Tiburcio, á quien respetaba y amaba como á su maestro, estando muy resuelto á seguirle en todo. Desde luego conoció Tiburcio el artificio, como quien tenia tan calado el fondo de aquel perverso corazon; y así, volviéndose á él, le dijo: *No pienses que se me esconden tus embustes, ni que dejas de penetrar tu perfidia. Ninguno de nosotros te reconoció jamás por discípulo de Jesucristo; tu vida desmintió siempre tu fe; ni era posible que se contase en el número de los*

*fieles á quien vivia como un gentil: tus vergonzosos desórdenes eran el mejor testimonio de la religion que profesabas. Es verdad que vivias entre nosotros; pero no eras de nosotros. Buena prueba es de eso tu alevosa traicion. Pero no creas que me has ofendido con ella; antes al contrario, intentando mi ruina, me has proporcionado el mayor bien á que yo podia aspirar. Nada deseaba con mas ardiente pasion que derramar toda mi sangre, y dar mi vida por amor de aquel Señor que primero quiso espirar por mi amor clavado en un afrentoso madero.*

Irritado Fabiano con este discurso, le interrumpió diciéndole que se dejase de hablar tanto, y que tratase de sacrificar á los dioses del imperio. Yo, respondió el santo, *no reconozco otro Dios que al único Dios verdadero, criador del cielo y de la tierra; á este solo ofrezco sacrificios; dichoso yo, si yo mismo mereciera ser víctima sacrificada por su amor.* Sea lo que fuere, replicó el juez, es preciso obedecer en este mismo punto, ó disponte sino á pasearte muy despacio sobre carbones encendidos. Pronto estoy, replicó Tiburcio, *á sufrir los mas crueles tormentos, pues ya es cosa muy sabida que estos no espantan á los cristianos.* Admirado Fabiano de aquella intrepidez, ordenó que se tendiese sobre el pavimento un gran monton de carbones encendidos; y que una de dos, ó que Tiburcio echase incienso en aquellas brasas á honor de los dioses, ó que en su presencia y con los piés descalzós se pasease muy despacio por encima de ellas. No esperó el santo á que le descalzasen; él mismo se quitó apresuradamente el calzado, y se comenzó á pasear sobre las brasas con tanto sosiego y con tanta serenidad, como si se paseara sobre una alfombra de rosas. Llenáronse de admiracion los circunstantes; pero el juez, encendido en cólera y no pudiendo sufrir aquel ilustre testimonio de la verdad de la religion cristiana, á

falta de razones echó mano de las injurias y recurrió á las blasfemias. *Yasabemos todos mucho tiempo ha, exclamó irritado, que ese vuestro Cristo enseña el arte mágica á todos sus secuaces, y así no nos causa admiración el sortilegio que acabas de ejecutar.* No pudo Tiburcio oír sin horror aquella gran blasfemia; penetróle hasta el corazón el ultraje hecho á Jesucristo; y encendido su fervoroso zelo, habló con tanta elocuencia y con tanta energía, así de la divinidad como del poder del Salvador; demostró con tanta evidencia la impostura y la falsedad de aquella negra calumnia, que, no pudiendo Fabiano sufrir más el desprecio de sus dioses, pronunció sentencia de muerte contra el santo.

Condujéronle á una legua de la ciudad en la vía Lavicana, y allí le cortaron la cabeza el día 11 de agosto del año 286. Un cristiano, que se halló presente á la ejecución, cuidó de enterrar su cuerpo; y desde luego hizo Dios célebre y glorioso su sepulcro con multitud de milagros. Dos piadosas señoras, llamadas Lucina y Fermina, parientas del mismo santo, fabricaron en aquel sitio una especie de retiro para servir en él á Dios el resto de sus días.

Con la fiesta de san Tiburcio junta la Iglesia la de santa Susana, virgen y mártir. Era una nobilísima doncella romana, parienta del emperador Diocleciano, hija de san Gabino, y sobrina del santo papa Cayo. Cuidaron los dos hermanos de dar á Susana la más cristiana educación, inspirándole continuas máximas de la más elevada santidad. El tierno amor que profesó desde la cuna á la Reina de las vírgenes, la infundió un amor constante á la castidad; y apenas pudo conocer lo que valía esta admirable virtud, cuando hizo voto de no admitir otro esposo que Jesucristo, dedicándole su virginidad desde la misma infancia.

No ignoraba el emperador que sus sobrinos Gabino y Cayo eran cristianos; ni tampoco dudaba que Su-

sana, más conocida por su rara virtud, que por su extraordinaria hermosura, sería también de la religión de su padre y de su tío; pero como Diocleciano en los primeros años de su imperio parecía favorable á los cristianos, los dejaba vivir en paz, y su misma familia estaba llena de ellos. Aprovechándose nuestra santa de esta tranquilidad, hacía asombrosos progresos en la virtud. Era su modestia la admiración de todos; y por su amor á la oración y á la contemplación hallaba en el retiro todas sus delicias. Su ejemplo era el que más se respetaba, y su vida la que se ponía por modelo á las doncellas cristianas. A una virtud tan singular necesariamente había de corresponder un glorioso fin; y parecía como de justicia que á la victoriosa palma de virgen se añadiese la triunfante corona de mártir.

Al mismo tiempo que Diocleciano creó César á Maximino Galerio, le hizo también yerno suyo, dándole por esposa á su única hija Valeria. Muerta esta, quiso que Maximino se casase con Susana, hija de su sobrino Gabino, y mandó á un señor pariente suyo, llamado Claudio, que hiciese á Gabino de su parte esta proposición. Oyóla Gabino con el mayor agradecimiento, manifestando á Claudio lo reconocido y lo obligado que le dejaba la honra que se dignaba dispensarle la bondad del emperador; pero añadió que ante todas cosas era indispensable el consentimiento de su hija. Convino Claudio en lo mismo, y suplicó á Gabino que la llamase. Luego que Susana se dejó ver, se adelantó aquel caballero para saludarla cortesamente y para darle un reverente ósculo, según la costumbre. Retiró Susana el rostro, diciendo que jamás había permitido á hombre alguno semejante licencia, y mucho menos se la permitiría á un gentil. Sorprendido Claudio, le dijo con respeto: *Señora, vos mirais en mí como un crimen mi religión: si*

*vivo errado, añádime la honra de hacerme conocer mi error.* Animada entonces la santa con el espíritu de Dios, le representó con tanta gracia y al mismo tiempo con tanta energía los absurdos y las impiedades del paganismo, que aquel señor se mostró extraordinariamente conmovido, y con las lágrimas en los ojos le suplicó le dijese qué debía hacer para reparar los descaminos de su vida. *Nada mas,* respondió Susana, *que renunciar de todo tu corazón las supersticiones gentílicas y lavar las culpas de tu alma en las aguas del bautismo; por lo demás, mi padre y mi tío te enseñarán cómo te debes disponer para recibir esta gracia.*

- Gustosamente sorprendidos Gabino y Cayo de aquella dichosa mudanza, le hablaron con tanta eficacia sobre la santidad de nuestra religion, que, despues de haberle suficientemente instruido así á él como á su mujer Prepedigna y á dos hijos suyos, tuvieron el consuelo de administrarles á todos el santo bautismo. Mientras tanto, viendo el emperador que Claudio no volvía con la respuesta de su comision, y aun observando que no se dejaba ver en la corte, mandó á Maximino, hermano del mismo Claudio, que se informase del motivo de ésta novedad. Quedó Maximino admirado cuando entró en el cuarto de su hermano, y le halló postrado á los piés de un crucifijo, a regado en dulces lágrimas; pero creció su admiracion cuando oyó de su misma boca que era cristiano y que lloraba la ceguedad y los desaciertos de su vida. Atónito Maximino á tan inopinada mudanza y solicitado interiormente por los poderosos impulsos de la gracia, se mostró igualmente ansioso de ser instruido en los misterios de nuestra fe y de recibir el bautismo. Informado de todo el santo papa Cayo, le instruyó en los puntos esenciales de la religion; y hallándole muy dispuesto, le bautizó y le exhortó á ser fiel. Pro-

siguiendo las milagrosas operaciones de la gracia en el corazón de aquellos dos hermanos verdaderamente convertidos, tomaron la resolución de vender todos sus bienes y de emplear el producto de ellos en la asistencia de los fieles. Noticioso el emperador de que los dos hermanos, lejos de desempeñar su comision, se habían convertido á la fe, y eran los primeros que confirmaban á Susana en la santa resolución de no admitir aquella ni otra alguna boda, entró en tanta cólera, que juró la pérdida general de todos los cristianos, y en el mismo punto envió desterrados á Ostia á Claudio y á Maximino, que pocos dias despues recibieron en aquel puerto la corona del martirio. Mandó tambien que fuese presa Susana con su padre Gabino, y no perdonó diligencia alguna para pervertir á la primera; pero de todo triunfó su fe y su inmutable constancia. Ni las promesas tentadoras, ni las esperanzas mas lisonjeras, ni el mismo agosto título de emperatriz, fueron bastantes para deslumbrarla. Amenazáronla con todos los tormentos que podían causarle mas horror, hasta que espirase entre los mayores y mas crueles suplicios; pero su respuesta fué mostrar cada instante mas encendidas ansias de padecer mas y mas por su celestial Esposo. Informado Diocleciano del teson de sus respuestas y de su última resolución, se abandonó á toda la cruel barbaridad de su genio. Dió orden para que se hiciese afrentoso insulto y violencia á la virginal integridad de la santa; pero un ángel del Señor la defendió contra la brutalidad de los paganos. Atribuyéronse como siempre á efectos de la magia estos auxilios del cielo; y Diocleciano dió comision á uno de sus oficiales llamado Macedonio, para que prosiguiese la causa y obligase á Susana á sacrificar á los idolos. Presentáronle un simulacro de Júpiter, y la santa, levantando los ojos al cielo, suplicó humildemente al Señor que se dignase

confundir la superstición de los paganos. Al punto desapareció la estatua, y la encontraron en la calle á doscientos pasos de la casa. Dejó atónito al oficial esta maravilla, pero no le convirtió; y sin hablarle ya de inciensos ni sacrificios, mandó que la despedazasen á azotes dentro de su misma casa; lo que se ejecutó sin que le pudiesen sacar ni la mas leve queja. A cada golpe volvía dulcemente los ojos hácia el cielo, rindiendo mil gracias á Dios porque la hacia digna de padecer alguna cosa por su gloria. Desesperado el tirano á vista de aquella constancia, dió parte de todo al emperador, asegurándole que Susana era inflexible; y Diocleciano mandó que dentro de su misma casa le cortasen la cabeza.

Dícese que Serena, mujer del emperador, y cristiana oculta, fué secretamente por la noche al lugar de la ejecución, donde embebió su mismo velo en la sangre de la ilustre mártir, conservándole despues como una preciosa reliquia. Fué sepultado el cuerpo de la santa en una gruta que se llamaba la cueva de los mártires, y su casa fué convertida en iglesia por el papa san Cayo, quien celebró en ella el divino sacrificio en honor de la misma santa. Reedificóse con el tiempo esta misma iglesia, la que hoy subsiste, y están en la posesion de ella las religiosas bernardinias. El martirio de santa Susana se cree sucedió el año 295, seis meses antes que el de san Gabino, y ocho anterior al de su tío san Cayo.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, entre los laureles, la fiesta de san Tiburcio, mártir, que, bajo el juez Fabian en la persecucion de Diocleciano, andando descalzo sobre carbones encendidos y confesando á Jesucristo con mayor empeño, fué condenado á ser degollado á tres millas fuera de la ciudad.

En Roma aun, santa Susana, virgen, de una familia distinguida, y sobrina del papa san Cayo, la que mereció la corona del martirio perdiendo la cabeza bajo la cuchilla en tiempo de Diocleciano.

En Camanes en el Ponto, san Alejandro, apellidado el carbonero, obispo, quien, de muy hábil filósofo, llegando á ser sapientísimo en la ciencia eminente de la humildad cristiana, y elevado á obispo de aquella ciudad por san Gregorio Taumaturgo, se hizo muy ilustre, no solo por sus predicaciones, sino tambien á causa del martirio de fuego que padeció.

En el mismo día, el martirio de san Rufino, obispo de Marsos, y de sus compañeros, bajo el emperador Maximino.

En Evreux en Francia, san Taurino, obispo, el cual, nombrado obispo de aquella ciudad por el papa san Clemente, propagó la fe cristiana con la predicacion del Evangelio, y despues de haber emprendido muchas obras por su acrecentamiento, se durmió en el Señor, siendo tambien ilustre en milagros.

En Cambrai en Francia, san Gerio, obispo y confesor.

En el Abruzo ulterior, san Ezquicio, abad, cuya santidad es testificada por el papa san Gregorio.

En Todi, santa Digna, virgen.

En Milly cerca de Beauvais, san Dinevanto, despedazado por unos impíos.

En Joarre en Brie, santa Aguilberta, abadesa de aquel monasterio.

En Arles, santa Rusticula, oriunda de Vaison, abadesa de San Cesario de Arles.

En este mismo día, san Liebauto, abad de San Añan de Orleans, fundador de San Benito de Loira.

En Irlanda, santa Atracta, virgen.

En Rieti en Italia, el venerable Bandino, cisterciense,

á quien está dirigida la epístola décima quinta de san Bernardo.

*La misa es en honor de los santos, y la oracion la siguiente:*

Sanctorum martyrum tuorum Tiburtii et Susanae nos, Domine, foveant continuata praesidia: quia non desinis propitius intueri, quos talibus auxiliis concesseris adjuvari. Per Dominum...

Favorézcenos, Señor, la continua proteccion de tus santo mártires Tiburcio y Susana; pues nunca dejas de mirar benignamente á los que concedes semejantes protectores. Por nuestro Señor...

*La epístola es del cap. 25 del Eclesiástico.*

Beatus qui lingu sua non est lapsus, et qui non servit indignis se. Beatus qui invenit amicum verum, et qui enarrat justitiam auri audienti. Quam magnus qui invenit sapientiam et scientiam! Sed non est super timentem Dominum, timor Dei super omnia se superposuit: beatus homo, cui donatum est habere timorem Dei: qui tenet illum, cui assimilabitur?

Bienaventurado el que no pecó con la lengua, y el que no sirvió á personas indignas de él. Bienaventurado el que encuentra un amigo verdadero, y el que expone la justicia á una oreja que escucha. ¡Cuán grande es el que encuentra la sabiduría y la ciencia! pero no es mayor que el que teme al Señor; el temor de Dios se ensalza sobre todas las cosas. Bienaventurado el hombre á quien ha sido dado el tener temor de Dios: el que le posee, ¿á quién se le podrá comparar?

NOTA.

« El capítulo 25 del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, explica tres cosas que aprueba el Espíritu Santo; conviene á saber, la union de los hermanos, el amor de los prójimos y la buena inteligencia

entre el marido y la mujer. Añade otras diez que pueden contribuir á nuestra felicidad. Despues hace un elogio del santo temor de Dios.»

#### REFLEXIONES.

*Bienaventurado aquel que encuentra un amigo verdadero.* No hay en el día de hoy cosa mas comun en el mundo que el nombre de amigo; pero tampoco la hay mas rara que hallar uno que lo sea verdaderamente. Es la amistad una tácita convencion de amarse y de estimarse reciprocamente; considera bien si en nuestros tiempos reina mucho en el mundo esta convencion. Lo que hoy llaman los hombres *amistad*, hablando propiamente, no es mas que un disimulado comercio de interés en que siempre espera ganar algo el amor propio; y en acabándose el interés, se acabó tambien la amistad. Es el mundo un gran teatro en que con capa de amistad se engañan los hombres unos á otros. El que tiene mas habilidad para disimular, ese pasa muchas veces por el mejor amigo. Lleno está el mundo de estas amistades aparentes. El que viere aquellas demostraciones expresivas, llenas al parecer de intimidad y de cariño; quien oyere aquellas protestas de una amistad fina y eterna, aquellos ofrecimientos de los mayores servicios, juzgará que la amistad es el alma que anima y pone en movimiento todo el comercio del mundo; con todo eso, apenas se hallará un verdadero amigo entre los que profesan vivir al estilo de él. Deshácese todos en cumplimientos y en cortesias; pero no hay cosa menos sincera ni mas falaz. Los hombres del mundo, en tanto son tus amigos, en cuanto les puedes ser de algun provecho; cuando ya no esperan cosa alguna de tí, acabóse la amistad. El nudo de esta amistad aparente es una pasion; y de una pasion, ¿quién po-

drá fiarse? Una enfermedad, un revés de fortuna, una desgracia es una ventolera que disipa todos estos falsos amigos. Los mundanos son pródigos en cumplimientos; ¡pobre de aquel crédulo que quiera ser el juguete y la burla de ellos! El espíritu del mundo es enemigo de toda verdadera amistad, y los poderosos apenas la conocen. ¿Quién hace mucho caudal de los amigos que se llaman cortesanos? Y con todo eso, apenas se cultivan otros. Pero no se crea que la amistad reina mas entre la clase menos elevada. Seguramente se puede decir que la verdadera amistad está desterrada del mundo. El interés es el único que liga los corazones; pues ¿qué maravilla es que un lazo tan débil se rompa tan fácilmente? Mas acaso se encontrará entre los parientes la verdadera amistad. ¡Ah, que no hay enemistad mas viva que la que se introduce en las personas de una misma familia. Aun la amistad mas bien establecida está siempre pendiente del humor y del capricho. Usase poco en el mundo la buena fe, y por consiguiente han de ser muy pocos los amigos verdaderos. Desengañémonos; solo es verdadera amistad aquella que está fundada en la virtud. Ninguna hay sinc la que estriba en este cimiento: sola ella es la que está á cubierto contra las inconstancias de la vida. En ella no tiene parte ni la pasión, ni el interés, ni el capricho; mantiénese inmóvil en medio de las tempestades. Solamente los buenos pueden contar con ella con entera seguridad; por tanto, solo hay amistad verdadera entre los virtuosos.

*El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia 11, pág. 53.*

## MEDITACION.

IMPORTA MUCHO NO DESPRECIAR LAS COSAS MAS PEQUEÑAS.

## PUNTO PRIMERO.

Considera que es grande error aun entre aquellos mismos que hacen profesion de virtud, hacer poco caso de las faltas ligeras, y descuidarse fácilmente en el cumplimiento de las obligaciones menudas; pues de este descuido y de esta negligencia suelen nacer las mas lastimosas caídas. *El que desprecia las cosas pequeñas, dice el Eclesiástico, poco á poco caerá en las grandes.* Aquellos que se precipitan en los mayores desórdenes, dice san Bernardo, comenzaron al principio por cosillas de poca consideracion. Ninguno da en excesos de repente. Sucede en las enfermedades del alma lo mismo que en las del cuerpo; unas y otras se forman poco á poco. Al principio era fácil evitar aquel desbarato de humores, aquella inflamacion interna, aquella fiebre maligna, aquel catarro; todas estas enfermedades mortales eran casi nada á los principios. Con no haberse expuesto á aquel aire violento y colado; con haberse abstenido de comer aquella fruta; con un poco de régimen y con una lijera medicina, nos hubiéramos librado de una enfermedad mortal. Pero despues que los humores malignos inundaron todo el cuerpo; despues que tomó curso la fluxion; despues que se formó en el pecho un depósito inagotable de flemas y cóleras, inútilmente se acude á la medicina; cuando prevaleció la enfermedad, ya llegan tarde los remedios. No tienen otras causas las muertes repentinas. Del mismo modo debemos discurrir en las enfermeda-

des del alma; porque es cabal y perfecta la analogía. ¡Mi Dios, y qué lejos suele llevar al alma el poco aprecio de las faltas ligeras! ¡qué de funestas caídas nos hubiera excusado un poco más de observancia, un poco más de delicadeza de conciencia, un poco más de devoción y de mortificación! Estas frecuentes infidelidades debilitan al alma; y una vez debilitada con esas continuas indisposiciones, faltándole por otra parte muchos auxilios de que la priva su poca fidelidad, ¿tendrá fuerzas para resistir á una violenta tentación? En esto se fundó san Gregorio cuando dijo que las faltas ligeras eran en cierto modo más peligrosas que las grandes; estas, por lo mismo que se conocen mejor, se aborrecen y se evitan fácilmente; pero aquellas no se trata de evitarlas, porque apenas se conocen. Una fiebre violenta sobresalta, y al punto se acude al remedio; pero fácilmente nos domesticamos con una calenturilla lenta, que al cabo nos echa en la sepultura.

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que ninguna cosa es de mayor perjuicio para el alma que la negligencia habitual en el cumplimiento de las obligaciones más menudas. Es hallarse en aquel fatal estado de tibieza, que, si no es señal cierta, es de los indicantes menos falibles de reprobación. Te has precavido contra los pecados graves dice san Agustín; pero ¿qué has hecho, ó qué haces para librarte de los leves? *Præcavisti magna: de minimis quid agis?* Pues qué, ¿no temes esas continuas negligencias, esas frecuentes infidelidades, esas faltas ligeras? *An non times minuta?* Arrojaste al mar las cargas más pesadas que podían sumergir el navío; evitaste los escollos retirándote al puerto de la religión; pero guárdate, no sea que la mucha arena que

dejaste en el fondo del buque le eche á pique dentro del mismo puerto: *Projecisti molem; vide ne arena obruaris.* Desengañémonos: aquellas gracias tan poderosas, aquellos singularísimos auxilios que vienen tan á tiempo se reservan solo para aquellos corazones generosos, para aquellas almas fieles, que no examinan si lo que manda Dios es de precepto ó de puro consejo, de obligación estrecha ó de buena correspondencia. Dices que esas reglas menudas, esos santos estilos, esas observancias son verdaderamente unas menudencias. Séanlo en hora buena; pero ¿con qué caridades á Dios que te conceda las mayores gracias, al mismo tiempo que tu le niegas los menores y los más fáciles obsequios? Rara vez se encuentran criados que maquinen contra la vida de sus amos; pero ¿quién se querría servir de un criado que se negase á hacer los regulares oficios de la casa, y solo quisiese hacer aquello que le mandase debajo de graves penas? Cuando se arruinan ó se dejan caer las fortificaciones exteriores de una plaza, ya no queda en estado de defensa. Levántense dentro de ella todos los atrincheramientos que se quisieren; no es posible que resista por mucho tiempo á un enemigo poderoso, estando tan descubierta. Las piadosas devociones, la observancia de las reglas, las obligaciones menudas del estado, son las fortificaciones exteriores de la plaza. En no estando bien guardadas todas las avenidas, se puede y se debe temer una sorpresa. Todas las infidelidades habituales con Dios muestran ó indican un destempe de corazón muy digno de temerse. No está lejos el rompimiento con un amigo ó con un amo cuando se le contempla poco, y se repara menos en disgustarlos muchas veces.

Reconozco, Señor, mi peligro, y veo con toda claridad lo mucho que os han desagradado mis pasadas infidelidades. *Bienaventurado el siervo fiel en cosas pe-*



queñas. Haced, Señor, que yo sea en adelante este siervo fiel. Resuelto estoy, Dios mio, á cumplir exactamente con las obligaciones mas pequeñas, conociendo que este es el único medio para perseverar para agradaros.

#### JACULATORIAS.

*Utinam dirigantur via meæ ad custodiendas justificationes tuas!* Salm. 118.

Dignaos, Señor, de hacerme caminar por el camino de tus preceptos.

*Inclina cor meum in testimonia tua, et non in avaritiam.* Salm. 118.

Inclina, Señor, mi corazón á darte gusto en todo, sin negarte cosa alguna que le pidas.

#### PROPOSITOS.

1. Estando llena nuestra vida de obligaciones menudas, y tropezando en cada momento de ella con estas que se llaman cosas pequeñas, ser infiel á Dios en estas cosas, es serle infiel por toda la vida y desagradarle continuamente. Una lijera mortificación, cierta exactitud particular en los mas exactos deberes, la puntualidad en cumplir con sus especiales devociones, la modestia de los ojos, la circunspeccion en todos los demás sentidos, cierta delicadeza de conciencia en las que se llaman menudencias; todas estas á la verdad son cosas pequeñas, pero no es cosa pequeña la fidelidad en estas cosas; antes bien esta exacta y constante fidelidad es en parte el distintivo de los santos. No llares ya en adelante cosa pequeña la que te puede ser ocasion de las mayores desgracias. En el servicio de Dios nada hay pequeño; y asi nada has de despreciar. Ten presente que el mismo Señor solo ala-

ba en el siervo fiel su exactitud en cosas pequeñas: *in pauca fuisti fidelis*; y procura merecer este elogio. No omitas devocion ni obligacion alguna de tu estado. Sé, por decirlo asi, escrupuloso en las cosas minimas precisamente, porque Dios te pide este corto sacrificio. Lejos está de descuidarse en las obligaciones mas graves, el que por agradar á Dios no se descuida en las mas leves.

2. Pocas horas hay en el dia, y pocos instantes de las mismas horas en que no se ofrezca ocasion de alguna mortificación, ó de ejercitar algun acto de virtud; privarse de una vista curiosa; sacrificar un antojillo; suprimir un buen dicho; sufocar los movimientos del amor propio; reprimir los ímpetus del genio; practicar una obra de caridad; en todo has de ser exacto y puntual. ¿Viénete gana, no ya de omitir, sino de dejar para otra hora aquella oracion ó aquella devocion? No te dejes llevar de esa lijereza de tu espíritu, ni de esa inconstancia de tu corazón. Levántate muy puntual á la hora señalada; mortifica constantemente tu curiosidad; reprime hasta los menores movimientos del orgullo. Guarda exactamente las mas menudas reglas; bendicion de la mesa, accion de gracias despues de comer; tranquilidad y apacibilidad inalterable en todos los varios acasos de la vida; modestia respetuosa en el templo; oraciones vocales de devocion. Nada omitas de cuanto puede ser grato á los ojos de Dios. Jamás des oidos á los respetos humanos; sé en todo y por todo siervo fiel. Por medio de estos piadosos ejercicios se llega á ser santo.